

Género, temporalidad y subjetividad

Irene Melerⁱ

Coloquio “Usos del tiempo, temporalidades y géneros en contextos”, convocado por el Instituto Interdisciplinario de estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras UBA e Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales UBA, 19 de octubre de 2010. Expositora invitada en la mesa redonda “Temporalidades, usos del tiempo y géneros en contextos contemporáneos” Presentación del trabajo *Género, temporalidad y subjetividad*.

En prensa

I) Introducción

Los desarrollos actuales sobre el estudio del tiempo contemplan dos cuestiones principales. Algunos autores se enfocan sobre la vertiginosa aceleración de las transformaciones tecnológicas y sociales contemporáneas, que a su vez, generan modificaciones y trastornos subjetivos (Bauman, 2002; Beck Gersheim, 2003).

Otra vertiente teórica destaca las inequidades existentes en el empleo del tiempo que caracterizan al actual sistema de géneros, y que contribuyen a reproducir la subordinación social de las mujeres (Aguirre y Bathyany, 2003; Mc Phail Fanger, 2006, Durán, 2009).

Como es fácil advertir, estas perspectivas difieren en su consideración acerca de la temporalidad. La primera no establece diferencias entre sectores sociales ni entre los géneros, sino que plantea una perspectiva universal, propia de la cultura occidental contemporánea. Sin negar que la aceleración temporal real y sus correlatos subjetivos se han globalizado, conviene recordar que los planteos universalistas suelen implicar una generalización del punto de vista de los sectores hegemónicos. Los tiempos acelerados son más bien característicos de los ámbitos urbanos, y propios de los sectores desarrollados, mientras que en algunas regiones rurales, apartadas del desarrollo económico y social, la temporalidad mantiene su lentitud tradicional. Este enfoque, sin embargo, puede contribuir a la comprensión del contexto en el cual transcurren las actuales relaciones de género y de las tendencias contemporáneas referidas a la salud mental de las poblaciones (Meler, 2007).

Los estudios que enfatizan la importancia de registrar el modo en que se reparten los beneficios del uso cotidiano del tiempo, están inspirados en el feminismo. Desde este enfoque, la indagación acerca del uso del tiempo utiliza

como herramienta metodológica las encuestas específicamente diseñadas a tal efecto, o habilita un apartado destinado a ese propósito dentro de las encuestas de hogares (López Barajas, 2006). Esta línea de investigación busca hacer visibles las relaciones que existen entre el empleo del tiempo y el trabajo no remunerado, también denominado trabajo invisible (Larguía y Dumoulin, 1988), realizado habitualmente por las mujeres. Las economistas inspiradas en teorías feministas han desarrollado el concepto de “economía del cuidado” (Carrasco, 1999; Folbre y Yoon, 2008), para destacar la importancia que tiene para la reproducción social, el trabajo de atención cotidiana de los niños, jóvenes, ancianos y enfermos, trabajo no reconocido por el mercado ni por el Estado. El envejecimiento poblacional, relacionado con el aumento de la esperanza de vida, ha implicado una dificultad asociada; el aumento de las demandas de atención para la población de la cuarta edad. Esos cuidados quedan habitualmente a cargo de las mujeres, que no son remuneradas ni reconocidas por los mismos, lo que afecta de modo negativo su condición social. Como antecedente de esta perspectiva que rescata el valor económico del trabajo doméstico y del cuidado, corresponde recordar la obra de Meillassoux (1984), autor que destacó el modo en que la economía capitalista se sustenta en modalidades de producción no mercantil o pre-capitalistas, que se llevan a cabo al interior de las familias y son desempeñadas por las mujeres. También se ha destacado el empleo del tiempo de las mujeres en tareas de gestión vinculadas con el hogar y con cuestiones tales como pagos de servicios, atención de la salud, apoyo escolar para los hijos, etc., que agregan una carga laboral adicional a la jornada femenina. La invisibilidad de este conjunto de prácticas sociales responde a la vigencia del androcentrismo, un sesgo epistemológico que constituye el correlato obligado de la dominación social masculina (Bourdieu, 1998).

Dentro del campo de las investigaciones sobre el tiempo, se ha estudiado el tiempo dedicado al cuidado de los demás, el tiempo destinado al trabajo remunerado y el tiempo libre, dedicado al ocio o a la recreación. Existe consenso acerca de que la persistencia de la división sexual del trabajo (Lévi Strauss, 1949), ha generado un uso del tiempo diferenciado según el género. Los tiempos masculinos suelen estar divididos de modo más claro entre períodos destinados al trabajo para el mercado, que ocupan la jornada

cotidiana de modo central, y períodos libres de obligaciones, destinados de modo pleno al descanso, el ocio o la recreación. Los tiempos femeninos se superponen y traslapan de modo habitual, en función de la dedicación de las mujeres a la maternidad y al trabajo doméstico, a lo que se agrega de modo creciente el trabajo extra doméstico para el mercado. Resulta difícil diferenciar entre trabajo, ocio y recreación en la vida cotidiana femenina, ya que las mujeres suelen obtener, por ejemplo, satisfacciones vicarias a través de la contemplación de actividades de sus hijos, mientras realizan el trabajo maternal de trasladarlos y cuidarlos (Mc Phail Fanger, ob. cit.). En el contexto doméstico, las tareas a realizar no cesan ni se completan jamás, pero a la vez, permiten sustraerse a la tiranía de los horarios estrictos. De modo que se ha comprendido que las representaciones acerca del tiempo libre como alternativa residual al tiempo productivo o laboral, responden a un modelo androcéntrico, que no expresa la experiencia femenina. Al mismo tiempo, las mujeres cuya vida se caracteriza por la doble jornada laboral, deben pasar de modo abrupto de un estilo de temporalidad al otro, ya que alternan entre la atención del hogar y de los hijos y las responsabilidades de sus trabajos remunerados.

El tiempo es entonces una categoría de análisis que permite avanzar en la comprensión, tanto del trabajo como del ocio, el descanso y la recreación. Los arreglos socio culturales que asignan a las mujeres la responsabilidad del cuidado de los integrantes dependientes de las familias, conspiran contra su participación económica plena, restándoles posibilidades de acceder a los ingresos propios, al prestigio asociado con los mismos y a un ejercicio paritario del poder. Esta situación las torna más vulnerables ante la violencia y perjudica su condición social y subjetiva. Estas desventajas pueden medirse en dinero, como se ha hecho en las mediciones del costo que tendrían en el mercado los servicios gratuitos que las mujeres prestan en el hogar (Folbre y Yoon, ob. cit.), o medirse en términos de tiempo, o sea en términos de vida.

La equiparación metafórica del tiempo con la vida alude al hecho de que el dinero puede ser generado y recuperado de forma potencialmente ilimitada, mientras que el tiempo de nuestro ciclo vital es acotado.

La participación laboral femenina en el mercado crece de modo sostenido, de modo que la conciliación entre trabajo y familia resulta ser una tarea pendiente, de importancia crucial. Sólo podrá encararse con eficacia la profunda

reorganización tanto del mercado laboral como de las instituciones educativas, requerida para lograr este objetivo, si pasa a ser considerado como un problema que afecta a todos por igual.

En el concierto de los estudios sociales sobre el empleo del tiempo, los aportes realizados desde la perspectiva de la subjetividad ofrecen un enfoque indispensable. Sabemos que aprehendemos la experiencia de modo subjetivo, y que la realidad es a la vez y de modo inevitable, una realidad psíquica, que sin embargo, genera de modo recursivo realidades sociales alternativas. Existe un nexo inextricable entre realidad social y subjetividad, ya que esta última es una construcción colectiva, plasmada en cada contexto y época según sean las prácticas sociales predominantes (Bourdieu, 1991) y el imaginario social hegemónico (Castoriadis, 1993).

Para un análisis de las percepciones subjetivas acerca de la temporalidad, debemos tomar en cuenta dos dimensiones complementarias: el tiempo cotidiano y el tiempo del decurso de la vida, marcado por los ciclos vitales o edades por las que transcurrimos entre el nacimiento y la muerte.

II) Temporalidad subjetiva

Existen abundantes estudios sociales sobre el uso del tiempo, pero los estudios realizados desde la perspectiva de la subjetividad son escasos. Estas indagaciones pueden realizarse sobre la base de investigaciones cualitativas, o, como en este caso, sobre la experiencia clínica obtenida a través del ejercicio de la psicoterapia psicoanalítica. Presentaré algunas observaciones elaboradas sobre el conocimiento profundo de las personas, que es posible lograr a lo largo de un vínculo prolongado donde el sujeto expone en sus propios términos sus conflictos y sus angustias. Estos aportes se acotan a la experiencia de los sectores medios urbanos, que son los que consultan en Buenos Aires, Argentina, solicitando atención psicológica en un contexto privado.

En el estudio de los casos clínicos, se articulan dos dimensiones; un aspecto descriptivo que se refiere al tiempo cotidiano que los sujetos disponen efectivamente en cada período del ciclo vital, y otro aspecto propiamente subjetivo, que hace a la percepción del tiempo característica de cada período etario. En este análisis, las diferencias entre los géneros se relacionan con el

desempeño de los roles sociales asignados y asumidos, y con las representaciones colectivas hegemónicas sobre la feminidad y la masculinidad.

II-a) Pacientes jóvenes

A partir de la pubertad el tiempo parece transcurrir lentamente, en relación con la ansiedad que muchos sujetos experimentan ante el crecimiento. Si bien en algunos casos los y las púberes se aferran a la infancia, en la actualidad es más frecuente observar una urgencia por acceder a la condición adulta, imaginada como la llave que permite disfrutar de la sexualidad y del ejercicio del poder. Es conocido que durante la edad escolar y la pubertad existe lo que se ha denominado como “chauvinismo puberal” (Benjamin, J., 1997), o sea una actitud de desprecio hacia el otro género, y un refugio reactivo en el grupo de pares segregado por sexo. Esta actitud es más evidente entre los varones debido a la persistencia de la idealización de la masculinidad, correlato de la dominación social masculina, pero Jessica Benjamin describe en las niñas una actitud similar de desvalorización hacia el otro sexo. El propósito de la segregación es cementar la propia identidad de género, que aún experimenta vacilaciones evolutivas. Elisabeth Badinter (1987) considera que esta tendencia debe ser respetada, en tanto las modalidades de construcción identitaria suelen ser rudas y discriminatorias en función de su fragilidad inicial. Los motivos que alegan para el desprecio reactivo del que se hacen recíprocamente objeto niñas y varones, son sin embargo, diferentes. Mientras que los varones consideran que las niñas son tontas, las niñas acusan a los varones de brutalidad y grosería. En estas características diferenciales se expresa la valoración social asimétrica para ambos géneros. Pese a esto, ambos coinciden en un sentimiento de impaciencia ante el crecimiento, esperado como una oportunidad de reunirse entre sí y también de desplegar sus potencialidades.

Esta impaciencia se acentúa durante la adolescencia, período etario definido por lo que se ha denominado como “moratoria psicosocial” (Erikson, 1993), o sea una etapa durante la cual los sujetos han alcanzado su madurez biológica,

pero aún, -dada la complejidad de las calificaciones requeridas para acceder a formar una familia y a generar ingresos económicos-, disfrutan de protección mientras completan su educación. Esta situación se encuentra entre los sectores sociales medios y altos, mientras que los sectores populares jóvenes pasan de modo abrupto a desempeñar roles sexuales y laborales adultos para los que no se encuentran preparados.

El deseo erótico y el deseo de poder acicatean la impaciencia juvenil, y en ese sentido no se observan marcadas diferencias entre mujeres y varones. Las diferencias efectivamente observables se refieren al contenido de las fantasías con que imaginan su desarrollo futuro. Mientras que las fantasías desiderativas referidas al futuro adulto aluden en las mujeres a los emblemas femeninos tradicionales: belleza y maternidad, a los que agregan en algunos casos los logros educativos y laborales, los varones ponen énfasis en la obtención del placer sexual y del ascenso social. De modo que si bien la percepción subjetiva del tiempo es semejante, las metas anheladas difieren según el género, y todavía se ajustan en alguna medida a los estereotipos tradicionales. Esto es así aún en mujeres adolescentes que, más que superar las interdicciones ancestrales, se precipitan en una mimesis vindicativa con la masculinidad tradicional, lo que se observa en el auge de conductas sexuales promiscuas y de la agresión física entre mujeres. Esta fachada masculinizada no impide la persistencia de deseos fraguados en una matriz tradicional, que coexisten en estado de incompatibilidad con aspiraciones innovadoras, que con frecuencia caen en el extravío de la asimilación a la masculinidad hegemónica.

En cuanto a la edad adulta, no es posible analizarla en las mujeres de hoy, sin hacer una referencia que involucra de modo dramático la percepción del paso del tiempo. Me refiero a lo que se suele denominar como el "reloj biológico", o sea el período acotado durante el cual las mujeres son capaces de reproducirse. Esta es una diferencia referida al sexo, aunque su procesamiento imaginario, simbólico y práctico se vincula con el sistema de géneros.

En la actualidad asistimos a una tendencia social que consiste en postergar la edad del matrimonio y de la maternidad. Esto se relaciona con un proceso creciente de individuación, que aumenta la selectividad de los sujetos para elegir una pareja que consideren compatible consigo mismos. Otro factor que

interviene en esta tendencia contemporánea, se relaciona con el hecho de que los requerimientos de capacitación para incorporarse a un mercado laboral contraído, se han incrementado de modo notorio. Finalmente, no debemos desestimar el impacto traumático de las experiencias de divorcio que muchos jóvenes de hoy han padecido en condición de hijos, y que han generado una resistencia ante el compromiso emocional. Esta situación afecta de un modo claramente diverso a mujeres y a varones. Mientras que ellos pueden postergar su paternidad y unirse en un momento más tardío de su ciclo vital con mujeres significativamente más jóvenes, las mujeres experimentan con angustia el paso del tiempo, que puede privarlas de la experiencia maternal cuando, finalmente, logren establecer una pareja conyugal. De modo que en la actualidad, muchas mujeres jóvenes de sectores medios sienten el paso del tiempo de modo ominoso, dadas las dificultades contemporáneas para la reproducción generacional. Los recursos ofrecidos por las nuevas tecnologías reproductivas se relacionan con esta situación cultural. Se ofrece como alternativa la extracción y conservación de óvulos, como una modalidad postmoderna de preservar las posibilidades del ejercicio de la maternidad en el contexto de una unión conyugal tardía, situación característica de una época en que la relación de pareja es difícil de establecer y se posterga en el tiempo.

Para aquellas mujeres que han accedido al estatuto conyugal, según los estudios sociales relevados, el tiempo es un bien escaso durante su adultez temprana. Efectivamente, he podido advertir en pacientes mujeres que trabajan y que a la vez son madres de hijos pequeños, una situación crítica en términos del manejo del tiempo. En el ciclo de vida femenino existe una coincidencia temporal entre el período donde el desarrollo laboral demanda mucha energía con el propósito de cementar un desarrollo de carrera que resulte exitoso, y a la vez, los hijos pequeños reclaman atención de modo constante. Elisabeth Beck Gersheim (2003) cita de modo risueño la siguiente frase, en relación con doble jornada laboral típica de las mujeres y la consiguiente escasez del tiempo disponible: "Make love in the microwave, think about all the time you save"¹ Pág: 142. Muchas mujeres responden ante esta situación mediante lo que Mc

¹ "Haga el amor en el microondas, piense en todo el tiempo que ahorra"

Phail Fanger (ob. cit.) denomina como una “intensificación del género”, o sea que refuerzan el desempeño de los roles femeninos tradicionales en detrimento del crecimiento laboral o educativo. Cuando no optan por esta alternativa, debido a una coincidencia entre sus disposiciones subjetivas y algunas circunstancias vitales que hoy son frecuentes, tales como el divorcio, que genera mayores demandas económicas, ingresan en un período donde la escasez de tiempo es fuente de intenso sufrimiento. Un indicador de este estado de cosas es el aumento de la simultaneidad de las diversas tareas que se realizan, tales como cuidar de los niños, cocinar, atender llamados laborales y supervisar los deberes escolares. Dadas las actuales exigencias del mercado y la creciente escasez de oportunidades laborales y económicas, la provisión de cuidados pasa a ser la variable de ajuste, lo que genera sentimientos de culpabilidad, que son habituales entre las madres. El ejercicio maternal y los sentimientos de culpabilidad marchan al unísono a partir de la Modernidad, debido a la importancia que se asigna a la construcción de la subjetividad de los hijos y a la responsabilización colectiva de las madres por los resultados obtenidos. Respecto de este tema, es posible advertir los efectos de la subjetivización espuria de una problemática social irresuelta. El actual modo de producción ha privatizado las responsabilidades reproductivas, que, sin embargo, resultan indispensables para sostener el sistema mediante la generación de nuevos trabajadores. En un sistema donde los sujetos venden de forma individual su capacidad laboral en el mercado, la formación educativa y la capacidad de adecuación psíquica a contextos exigentes y cambiantes resultan decisivas para su destino social. Esto complejiza e intensifica las demandas existentes sobre la calidad y cantidad de cuidados requeridos para estos fines. Al mismo tiempo, la presión hacia el consumo pone en primer término la valoración de la producción de bienes y servicios, que pasan a ser fuente de prestigio, poder y autonomía. Los cuidados son indispensables, pero resultan desvalorizados y las madres jóvenes son los sujetos entrampados en esta paradoja social que también afecta de modo negativo a los niños y adolescentes. Sólo con el progreso hacia una crianza asumida de modo conjunto por padres y madres, sea cual fuere el estado del vínculo conyugal, hoy fragilizado, y con la implementación de políticas eficaces para conciliar

trabajo y familia, destinadas tanto a los varones como a las mujeres, podremos superar esta fuente de patologías vinculares y personales.

Los varones jóvenes o los que cursan la edad media de sus vidas, presentan actitudes muy diferentes ante el tiempo. Existe un nexo entre el manejo del tiempo y el del espacio. El espacio público es todavía menos amistoso para las mujeres que para los varones, quienes se desempeñan en el mismo con mayor soltura. Un ejemplo de esta situación se encuentra en una paciente joven que ha desarrollado gran autonomía, ya que viaja sola, y disfruta de actividades deportivas, mientras recorre lugares que desconoce. Sin embargo, luego de su divorcio, padeció una crisis de angustia mientras paseaba por una localidad cercana a su lugar de residencia. Enfocó su atención en las familias unidas que recorrían el parque y se sintió sola, excluida de esa sociabilidad, sin marido ni hijos que cuidar. Idealizaba la condición de las mujeres casadas y significaba su actual disponibilidad de tiempo, como vacío y fracaso. Por el contrario, los varones jóvenes suelen aceptar con soltura la necesidad de viajar por razones laborales, situación que hoy es muy frecuente. Suelen contar con sus familias como referencia y no se sienten cohibidos en el ámbito público, aunque les resulte desconocido. Por el contrario, muchos no pierden ocasión de disfrutar de aventuras, que incluyen encuentros sexuales, ya sean casuales o pagos, considerándolos parte de las experiencias permitidas para su género. Estas actitudes subjetivas se corresponden con representaciones y valores colectivos. Mientras que la imagen de un varón solo, que pasea sin compañía, resulta aceptada sin dificultad, una mujer sola, sobre todo si es joven, aún despierta curiosidad o censura. Su soledad es significada como carencia y no como autonomía. También suele ser considerada como una búsqueda de compañía y de ofertas sexuales, cuando no como una ocasión para la realización de ataques violentos.

Estas representaciones colectivas tienen tras de sí una larga historia cultural. Bastará recordar que el ocio masculino era, entre los griegos y los romanos, sinónimo de pertenencia a los sectores dominantes, y fue significado como una condición previa para ejercer soberanía sobre sí mismo y sobre los demás. Las mujeres, aún aquellas pertenecientes a familias poderosas, no eran consideradas como sujetos que pudieran aspirar al crecimiento personal.

Simone de Beauvoir (1957) consideró que las romanas del período imperial eran relativamente libres, pero tal como expresó, eran libres para nada, o sea que no se consideraba que las metas trascendentes fueran alcanzables para ellas. En las actitudes y padecimientos personales de los sujetos que hoy buscan asistencia, la historia colectiva tiene una participación destacada y a la vez, significativa, en tanto el sentido que asignan a sus eventos vitales deriva de los sentidos construidos culturalmente a lo largo de los siglos. Nancy Chodorow (2003), ha aportado desarrollos teóricos que permiten captar el modo en que los significados personales se articulan de modo inextricable con los significados culturales, sin que, por ese motivo, puedan ser reducidos a estos últimos, mediante una socio génesis mecánica.

En términos generales, es posible observar que en la vida adulta, la dedicación de una cantidad considerable de tiempo al trabajo mercantil expresa la valoración moderna hacia la actividad productiva, que hoy está aún en vigencia. El cumplimiento de tareas socialmente útiles y cuyos resultados aportan al bienestar familiar, resulta adecuado para elaborar los sentimientos inconscientes de culpabilidad que afligen a numerosos sujetos en relación con sus conflictos inconscientes. La valoración social del trabajo interviene en ese proceso, donde el sujeto siente que ha reparado a sus objetos amados, imaginariamente dañados por su hostilidad (Plut, 2007). El trabajo, a partir de la Modernidad, genera sensaciones de utilidad, valor personal y bondad.

El tiempo medido, está vinculado con el énfasis moderno en la productividad, y utilizar el propio tiempo de modo productivo constituye aún hoy un ideal propuesto para el Yo de los sujetos contemporáneos, aunque la crisis del empleo lo cuestiona cada vez más. Esta situación es especialmente intensa durante la juventud y la edad mediana, mientras que la presión por el logro descende en la edad madura, porque ya se ha obtenido, o porque el sujeto, desanimado, ha renunciado al mismo. En estas edades centrales de la vida, en las sociedades tradicionales, si bien regía una estricta división sexual del trabajo y la subordinación femenina era explícita, el gran volumen e importancia económica del trabajo doméstico, ofrecía a las mujeres un rol social cuyo desempeño permitía alcanzar una cierta satisfacción moral. Los adelantos tecnológicos de la Modernidad, la urbanización y la nuclearización familiar

disminuyeron la importancia social y económica del trabajo doméstico femenino. La escasa valoración colectiva de los cuidados maternos, indispensables sin embargo para la construcción subjetiva, ha favorecido la prevalencia de los estados depresivos entre las mujeres (Burin et. al, 1990, Meler, 1997 y 2007). Si permanecen dedicadas a la maternidad y a la atención del hogar, las amenazan sentimientos depresivos asociados con la desvalorización social de esas funciones (Sáez Buenaventura, 1979). Cuando optan por destinar sus energías al trabajo remunerado y valorizado, enfrentan las dificultades del doble turno (Hochschild, 2003) y los sentimientos de culpabilidad con respecto del imperativo altruista que aún mantiene su vigencia. De modo que las mujeres tradicionales comparten con las mujeres innovadoras un común denominador, que consiste en un sentimiento de estar en falta, con los consiguientes auto-reproches.

II-b) Pacientes de edad madura

El nivel de ocupación en tareas socialmente valorizadas y remuneradas suele constituir en la actualidad un indicador del prestigio personal. Estar muy ocupado/a implica, para los sectores medios, que los servicios o trabajos que el sujeto desempeña gozan de un elevado nivel de demanda por parte de los semejantes, y, en ese sentido, esa condición de ocupación es un indicador de éxito. Ilustraré esta cuestión con un caso clínico:

Elsa es hija de un hombre exitoso y adinerado, cuyos logros económicos proporcionaron a las generaciones que lo han sucedido, un alto nivel de vida. Padece desde joven una depresión crónica, que se relaciona con la distancia que media entre sus ideales y sus logros. Ha formado una familia que no presenta mayores problemas y su matrimonio está vigente, con grados variables de bienestar y malestar, como es razonable esperar en un vínculo de muy larga data. Integra un grupo de amigos que permanecen en relación desde su juventud, viaja con mucha frecuencia, habita una hermosa vivienda, viste bien, sale y pasea a su voluntad. Pese a todos estos aspectos favorables de su existencia, ella sólo aprecia una cualidad que posee en escasa medida: la inteligencia verbal y la elocuencia. Ha sido una estudiante deficitaria y sólo completó el nivel medio de enseñanza. Dada su valoración del desarrollo intelectual, ha realizado numerosos cursos, pero no logró obtener credenciales

universitarias. Presenta dificultades para leer, concentrarse y expresarse verbalmente. Su empeño le ha permitido realizar notables progresos en estos aspectos, pero advierte que muchas personas con las que está relacionada la superan en ese ámbito. Además del desarrollo intelectual, valoriza el trabajo remunerado, y suele citar a su padre, quien se refería de modo despectivo a los estudiosos cuyos logros económicos eran escasos. En su hogar de origen, el padre, creador de la fortuna familiar, fue un sujeto idealizado, que al tiempo que brindaba protección económica a sus seres queridos, los hacía sentir desvalorizados en comparación con su capacidad personal. Las mujeres eran percibidas, incluso por la madre, como seres limitados, que no podían acceder a logros a través del despliegue de habilidades. En este hogar tradicional, su hermano mayor fue considerado el heredero y destinatario de los esfuerzos paternos, mientras que el destino de Elsa dependería de su matrimonio. Esta situación se agravó porque ella, identificada con el punto de vista de los padres, comparte la idealización del trabajo remunerado y la devaluación de las tareas femeninas, que, sin embargo, le han sido asignadas. Lucha de modo constante contra lo que podríamos caracterizar como una depresión narcisista, o sea sentimientos de minusvalía vinculados con una imagen desvalorizada de sí misma. Un indicador de esta problemática es su manejo del tiempo. Pese a estar laboralmente inactiva y contar con una asistente doméstica, en una edad donde sus hijos ya son adultos e independientes, ha logrado estar siempre ocupada, desplazándose de modo agitado de un sitio a otro, tomando cursos y clases de todo tipo. Para ella, su ocupación constituye una desmentida de su inactividad económica y es una manifestación de valor personal, con la cual compensa su autoestima vacilante. No tener tiempo libre ha devenido en un equivalente del prestigio al que tanto aspira.

Muy diferente es la situación de algunos sujetos que se han dedicado durante largos años a un trabajo remunerado en el cual obtuvieron éxito, y esto se observa tanto en varones como en mujeres que se han ubicado en una posición subjetiva acorde con la masculinidad social tradicional. Mónica es una exitosa profesional universitaria que también dirige una empresa comercial. Sus orígenes son pobres y ha ascendido socialmente con gran esfuerzo, merced a sus habilidades pragmáticas y una firme decisión de progreso. Su

estructura caracterológica se ha denominado en el campo psicoanalítico como “carácter masculino”, y se encuentra, pese a esa denominación, entre algunas mujeres que, siendo femeninas en un sentido convencional y también heterosexuales, presentan características subjetivas que las asemejan a lo esperado para los varones exitosos, o sea, liderazgo, audacia, tolerancia ante los riesgos, competitividad y persistencia para obtener logros². Esta mujer goza de una elevada estima de sí y es respetada en su familia. Como resulta esperable a esta altura de la historia social, está sin pareja, pero aunque desearía relacionarse con un compañero, logra disfrutar de la vida al compás de los avatares familiares inevitables.

Respecto de la soledad de las mujeres exitosas, resulta esclarecedor un trabajo de Badgett y Folbre (1999) donde se establece un nexo entre el mercado laboral y el mercado matrimonial. Según un estudio citado por esas autoras, las mujeres que se desempeñan en ocupaciones no tradicionales tienen menos éxito a la hora de conseguir pareja. Es posible que la tendencia observable, consistente en que muchas mujeres autónomas no están en pareja, se relacione con su mayor selectividad y menor dependencia de seducir a cualquier varón que resulte accesible, con tal de obtener un compañero (Dio Bleichmar, 1985). A esto se agrega que resultan menos atractivas, en tanto no se hacen cargo de encarnar la carencia y la vulnerabilidad propias de la condición humana, reafirmando así la ilusoria potencia masculina.

Retornando al análisis de la paciente, fue posible observar que, respecto de su actitud ante el tiempo, se destaca su sensación de escasez. Acostumbrada a dedicarse sin límites a sus trabajos, advierte que en la edad madura debe destinar algún tiempo a su salud y a la atención de su cuerpo. También desea cuidar de sus nietos, a quienes ama tiernamente. Fantasea de modo reiterado con retirarse para disponer de tiempo libre, aunque no concreta esta iniciativa debido a que el trabajo remunerado ocupa el centro de su existencia, situación que la fatiga y la desgasta, pero que, a la vez, le resulta estimulante. En este caso, se trata de escasez real, dadas sus numerosas actividades. Elsa, por el

² Es evidente el sometimiento de la teoría al sentido común hegemónico de la Modernidad. Las características del “carácter masculino” se aplican a todo sujeto autónomo que ha logrado un estatuto social y subjetivo de adultez. Debido a que la condición denominada como “feminidad” se ha asimilado con la dependencia infantil de un varón al que se idealiza, la autonomía se ha confundido con la masculinidad.

contrario, imposta una falta de tiempo para elevar su estima de sí. Mónica ha construido su subjetividad en un estilo afín con la masculinidad social, en tanto este es el estatuto más valorizado. El costo de este desenlace subjetivo es el desgaste, similar al que se observa entre los varones cuyo estilo de masculinidad es hegemónico (Connell, 1995).

Veamos cómo se presentan las actitudes ante el tiempo en un paciente varón, también en su edad madura. Es un profesional exitoso, que dirige un estudio donde trabajan otros profesionales más jóvenes a quienes supervisa. Ha logrado un elevado nivel económico, por lo que podría retirarse de su actividad. Sin embargo, mantiene un nivel moderado de ocupación que le permite disfrutar de cierto tiempo libre, dedicado al cuidado de su cuerpo y a la sociabilidad. Ha advertido que sólo disfruta del ocio cuando ha completado algún trabajo de modo exitoso. El ocio es para él, algo que debe ganarse, merecerse día a día. Estar ocupado le proporciona una sensación de valoración personal, y descansa con gusto cuando se ha cansado previamente, realizando tareas que le brindan significativos beneficios evaluados en términos de prestigio y dinero. Refiere una sensación de angustia sin causa aparente, ya que su existencia es considerada por él mismo como muy satisfactoria, y al indagar sobre la misma surge lo que sigue. Está inmerso en una red social donde interactúa con amigos varones que se han destacado en sus respectivos ámbitos laborales. Ese grupo está atravesado por poderosas tensiones vinculadas con la rivalidad. Al disponer de tiempo, se plantea la necesidad de desarrollar aspectos de sus conocimientos que no están directamente vinculados con el trabajo remunerado, desplegándolos en actividades docentes, de investigación y publicaciones, que le aporten notoriedad y prestigio. Esto podrá hacerlo porque dispone de tiempo cotidiano, y a la vez, siente que debe cumplir con ese objetivo porque ya no tiene tanto tiempo productivo por delante, dado que se encuentra en la edad madura. Aquí se aprecia el nexo existente entre las actitudes ante el tiempo cotidiano y el momento del ciclo vital en que se encuentre el sujeto.

En un contexto cultural que valoriza la experiencia masculina y devalúa la feminidad tradicional, los sujetos ubicados en una posición que aún se

denomina como masculina, ya se trate de varones o de mujeres, experimentan el tiempo como escaso, o como algo precioso que no debe ser dilapidado en tanto su adecuada utilización aporta para elevar la estima de sí. En cambio, las mujeres tradicionales padecen, a semejanza de algunos varones retirados del trabajo, sentimientos de inutilidad que intentan, en ocasiones, compensar sobre ocupándose para encubrir esta situación.

III) Percepciones sobre el ciclo vital: diferencias de género

Existen diversos estudios que han destacado las diferencias de género en lo que se refiere a la construcción del Yo y de los ideales propuestos para ese Yo (Meler, 2004). Las mujeres hemos estado comparativamente menos individuadas en relación con los varones, si consideramos que el individualismo postmoderno postula al logro personal como meta última de la existencia, midiéndolo en términos de éxito, prestigio y consumo. Sin embargo, persisten entre las mujeres los imperativos tradicionales del altruismo, que ha sido definido como “ser para otros”, en lugar de “ser para sí” al estilo masculino (Fernández, A. M.; 1993). Este “altruismo obligatorio” que en sí mismo constituye una paradoja, fue teorizado como efecto y producto de la subordinación social femenina. De modo paralelo, el dominio masculino genera como consecuencia, tal vez inevitable en este período histórico, la idealización de la posición subjetiva que se observa entre los varones, e intentos de mimesis con la misma por parte de las mujeres educadas y modernizadas, que rechazan identificarse con la auto postergación de las generaciones anteriores. Considero que corresponde evitar, tanto la idealización de la masculinidad hegemónica, como la tendencia del feminismo diferencialista a revalorizar modalidades subjetivas femeninas tradicionales, que no son más que la expresión del estatuto subordinado de las mujeres. Mantener la tensión entre ambas posturas puede resultar más productivo para el diseño de modelos de lo que se consideraría una buena vida. Todas las indagaciones sociales y subjetivas sobre las relaciones de género están, de un modo u otro, atravesadas por esta preocupación.

Respecto de la percepción del tiempo vital, que está ligada de modo estrecho con el reconocimiento de la finitud y con la elaboración de los duelos que caracterizan nuestra condición humana, encuentro que el “ser en relación” de

las mujeres (Baker Miller, 1992) gestado a lo largo de las experiencias colectivas al interior de las redes familiares, presenta una cierta ventaja si se lo compara con la posición masculina tradicional, caracterizada por el individualismo. En efecto, las descripciones de los extravíos del proceso de individuación moderno, correlativo de la ruptura del control social tradicional, se han referido a un sujeto modélico; el varón adulto. Ese sujeto hegemónico, en un contexto cultural secularizado, hedonista y consumista, es quien ha dado origen a las teorías psicoanalíticas que consideran al Superyo como una instancia psíquica que compele a gozar (Lacan, 1981). El placer que se obtiene en la existencia es experimentado como un indicador de logro y de dominancia social.

Las mujeres, sometidas a la compulsión al altruismo, y por lo mismo, con mayores dificultades para acceder a los placeres derivados de la sexualidad, del prestigio y del consumo, sin embargo se encuentran en cierta posición ventajosa en lo que se refiere a la percepción del tiempo vital. La finitud atormenta de modo intenso a un sujeto que ha reconocido el carácter acotado de su existencia y que, más allá del discurso, no cree de modo práctico en la vida después de la muerte. El trabajo psíquico dedicado a la construcción del Yo, intensifica el dolor ante la perspectiva de la caducidad de tan trabajosa empresa. Entre las mujeres, en cambio, la existencia de un ser-en-relación, genera una percepción del sí mismo inmerso en una red vincular. En algún sentido, más que Yo, se trata de un “nosotros” para la posición subjetiva femenina. La continuidad de la vida personal en la existencia de los demás, no se acota a la experiencia de la maternidad biológica. He observado que pacientes mujeres que no se han casado ni han tenido hijos, maternalizan sus relaciones con sus madres, con sobrinos o con otros familiares. El imperativo ancestral del cuidado no pierde su vigencia aunque no se haya constituido una familia de alianza. Esa condición subjetiva, menos recortada con respecto de los otros, favorece una aceptación más serena de la finitud, ya que el propio ser es percibido como integrando un colectivo, que lo antecede y que también, lo sucederá.

Bibliografía:

- Aguirre, Rosario y Bathyany, Karina: (2003) *Uso del tiempo y trabajo no remunerado*, Montevideo, UNIFEM/Universidad de la República.
- Badgett, M.V. Lee y Folbre, Nancy: (1999) “¿Quién cuida de los demás? Normas sociosexuales y consecuencias económicas”, en Revista Internacional del Trabajo, 118.
- Badinter, Elisabeth: (1987) *El uno es el otro*, Barcelona, Planeta.
- Baker Miller, Jean: (1992) *Hacia una nueva psicología de la mujer*, Barcelona, Paidós.
- Bauman, Zygmunt: (2002) *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Beck Gersheim, Elisabeth: (2003) “Vida acelerada” en *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*, Barcelona, Paidós.
- Benjamin, Jessica: (1997) *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós.
- Bourdieu, Pierre: (1991) *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- : (1998) *La domination masculine*, París, Seuil.
- Burin, Mabel et.al.: (1990) *El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada*, Buenos Aires, Paidós.
- Carrasco, Cristina (ed.): *Mujeres y economía*, Barcelona, Icaria Antrazyt, 1999.
- Castoriadis, Cornelius: (1993) *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol II: *El imaginario social y la institución*, Buenos Aires, Tusquets.
- Chodorow, Nancy: (2003) *El poder de los sentimientos*, Buenos Aires, Paidós.
- Connell, Robert: (1995) *Masculinities*, Cornwall, Polity Press.
- De Beauvoir, Simone: (1957) *El segundo sexo*, Buenos Aires, Leviatán.
- Dio Bleichmar, Emilce: (1985) *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid, ADOTRAF.
- Durán, María Ángeles: (2009) “Uso del tiempo y trabajo no remunerado” en Revista de Ciencias Sociales N° 18.
- Erickson, Erik: (1993) *Infancia y Sociedad*, Buenos Aires, Hormé.
- Fernández, Ana María: (1993) *La mujer de la ilusión*, Buenos Aires, Paidós.
- Folbre, Nancy y Yoon, Jayoung: (2008) “El cuidado de los niños: lo aprendido mediante encuestas sobre el uso del tiempo en algunos países de habla inglesa” en *La economía invisible y las desigualdades de género. La*

importancia de medir y valorar el trabajo no remunerado, Washington, D.C.: OPS.

Hochschild, Arlie Russell: (2003) *La mercantilización de la vida íntima*, Buenos Aires, Katz Editores.

Lacan, Jacques: (1981) *Seminario XX Encore*, Buenos Aires, Paidós.

Larguía, Isabel y Dumoulin, John: (1988) *La mujer nueva. Teoría y práctica de su emancipación*, Buenos Aires, EUdeBA.

Lévi Strauss, Claude: (1979) *Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires, Paidós.

López Barajas, María de la Paz: (2006) "La articulación interinstitucional y los encuentros internacionales" en Encuestas sobre uso del tiempo y trabajo no remunerado de Rosario Aguirre (coordinadora), Montevideo, UNIFEM y Universidad de la República.

Mc Phail Fanger, Elsie: (2006) *Voy atropellando tiempos. Género y tiempo libre*, México, UNAM.

Meler, Irene: (1996) "Estados depresivos en pacientes mujeres. La perspectiva de los Estudios de Género". Revista Subjetividad y Cultura, N° 6, mayo, México.

-----: (2004) "Género y subjetividad: la construcción diferencial del Super-yo en mujeres y varones", México, Revista Subjetividad y Cultura N° 21, mayo.

-----: "Mujeres, varones y salud mental. El enfoque psicoanalítico y los aportes de los estudios de Género" en *Miradas sobre género. Aportes desde el conocimiento*, Leonor Oliva y Nelly Mainiero, (comps.), Universidad Nacional de San Luis, Facultad de Ciencias Humanas, Secretaría de Extensión, 2007.

Meillassoux, Claude: (1984) *Mujeres, graneros y capitales*, México Siglo XXI.

Plut, Sebastián: (2007) "El trabajo desde la perspectiva psicoanalítica" en *"Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género"*, de Burin, M.; Jiménez Guzmán M.L. y Meler, I. (comps.); Buenos Aires, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.

Sáez Buenaventura, Carmen: (1979) *Mujer, Locura y Feminismo*, Madrid, Dédalo.

ⁱ Psicóloga, psicoanalista.

Coordinadora del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA)
Directora del Curso Universitario de Actualización en Psicoanálisis y Género de APBA y Universidad John F. Kennedy
Co Directora de la Maestría Interdisciplinaria en Estudios de Género de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)